

Nuevo Mundo, donde se conceda el debido peso a una interpretación de la cultura española que no puede dar la espalda al mundo americano. Y es aquí, precisamente, donde arraiga y toma cuerpo su visión andaluza. Tras Cataluña y Aragón, Andalucía, y con ella también Hispanoamérica. En su conferencia de 1980, *Andalucía. Mestizaje, españolismo y universalidad*, Andújar pone las bases de lo que luego desarrollará más ampliamente en su estudio *Andalucía e Hispanoamérica, crisol de mestizaje* (Sevilla, 1982). En el primero de estos dos textos, Andalucía se nos aparece —según su propia expresión— como «un paradigma del mestizaje», y en función de ello se apela a su responsabilidad y solidaridad con el conjunto del destino español. «Andalucía —nos dice— ha sido, siempre, el escenario geográfico más propicio a la intercomunicación»⁷. Se reivindica así el valor del mestizaje como criterio cultural de intercomunicación entre los pueblos, oponiéndose al uso peyorativo y despectivo que la palabra «mestizo» —*métis*— ha tenido entre francófonos y anglosajones; de aquí que diga sin tapujos ni circunloquios: «En la asunción y formulación del mestizaje constitutivo han de radicar nuestra fuerza moral, las pautas de conocimiento, indispensable incluso para acometer la solución certera de las materialidades hoy más angustiosas»⁸. Hay aquí una llamada casi angustiosa a la responsabilidad colectiva de un pueblo que alcanza madurez política propia con la constitución de la Comunidad Autónoma de Andalucía, y así lo dice bien explícitamente en este párrafo:

Por las razones e idiosincrasia sumariamente expuestas desearíamos conectar con los andaluces de aquí, de allá y acullá, que acogen la actual oportunidad histórica con grave sentir de sus responsabilidades, sin prematuro ánimo festival, sino con voluntad de colaboración y laboreo, capaz de suscitar un programa y un comportamiento hondo, «jondo», a tenor y sabor de nuestro cante, en que la gran mayoría popular se sienta, ¡al fin!, interpretada, implicada⁹.

La tarea propuesta no es retórica; alcanza plena concreción cuando afirma: «Lo que concierne a los andaluces es cultivar un clima de general concordancia. En virtud de unos principios humanísticos de aplicabilidad española, para que hasta pueriles parezcan las pueriles y anacrónicas demagogias que en resentimientos unilaterales hurgan»¹⁰. La concreción es aún mayor en este largo párrafo:

Es una gran tarea política y económica que exigirá sagaces y tenaces prestaciones, intenso y extenso esclarecimiento. Pero ello exige, asimismo, fundamentalmente, una labor pedagógica, reeducadora, en la que la conciencia del mestizaje andaluz —lejanos ancestros, indelebles huellas árabes y judías, injertos vasco-castellanos, discriminada comunidad gitana— sería uno de los enlaces más preciados. Útil para los demás pueblos de España, incentivo de la particular utopía que la sensibilidad de los sureños desprende. Y de la que tenemos ricas muestras en los movimientos que ha avizorado, acogido y expandido. Por ejemplo, a subrayar de nuevo la tan ensalzada generación del 27: magnífico triángulo poético, literario, de Sevilla —su Ateneo—, Granada (circu-

⁷ Andalucía, mestizaje, españolismo y universalidad, Madrid, 1981, pág. 4.

⁸ *Ibid.*, pág. 6.

⁹ *Ibid.*, pág. 4.

¹⁰ *Ibid.*, pág. 10.

lo en torno a García Lorca, Manuel de Falla, Fernando de los Ríos, el canónigo luego exiliado López Dóriga), Málaga, con la inolvidable y hospitalaria revista *Litoral* que capitanearon Emilio Prados y Manuel Altolaguirre. Con este objeto, la articulación estatal, anímica y conceptual, de España, de las Españas, co-inspirada por Andalucía, nunca prurito monocorde, requiere que ésta disponga de «sus» derechos, instrumentos y atributos, en trance de probar que merece el autogobierno, que sabe verificarlo. Y que, de consuno, trasvasa el empleo de sus facultades y voluntariedades a la reconstrucción nacional, que debiera ser sereno diálogo y coordinado, equitativo esfuerzo de los pueblos ibéricos, en la fortuna y en la adversidad¹¹.

Y acaba rotundo:

España, las Españas, precisan de Andalucía, en la profunda remodelación nacional, de confederativa médula, que habrá de efectuarse, a pesar de la visible o embozada mentalidad centralista, autoritaria, caciquil y coyuntural¹².

La reflexión sobre el mestizaje

Es verdad que no faltan en la conferencia que analizamos referencias a Hispanoamérica. Sin embargo, el tema es desarrollado con mayor énfasis en el citado estudio sobre *Andalucía e Hispanoamérica*, donde señala el carácter integrador y sincrético de ambos mestizajes, por mucho que las diferencias no dejen de resaltarse, como por ejemplo cuando dice: «Andalucía, equiparable resulta a la rosa de los vientos; Hispanoamérica, México en particular, emblema de la pirámide... Así, observamos la gran cinética espiritual que entrañan la Mezquita y la Alhambra. Y el grave anhelo de eternidad que petrifica, todavía más, la ciudad sacerdotal de Teotihuacan»¹³. Quizá por esa diferencia recalca más el valor modélico que lo andaluz puede tener para la nueva construcción española, «excepcional oportunidad —dice— de establecer humanos puentes espirituales de España a Iberoamérica y viceversa, el momento de arrumbar una política oficinesca de retóricos esperpentos. Tarea en que Andalucía con su personalidad definida y ajustada, podría facilitar a España una cooperación de incalculable entidad»¹⁴. Se vislumbra a esta luz la dificultad de los mestizajes latinoamericanos, para cuya plena integración aún no ha transcurrido el tiempo necesario como ha ocurrido en la Península. He aquí cómo interpreta esta situación nuestro novelista:

Nuestros compatriotas de América —no sólo nuestros emigrantes, claro, sino su íntegra población autóctona— a expensas se hallan de la enconada dicotomía de las sangres que aún no se acendrarón en felices íntimos desposorios. Las disyuntivas quizá se agudizan en los pueblos de rica cultura aborigen: México, Perú, Ecuador, Bolivia, Paraguay, los de América Central. Es tónica popular e hiriente, malherido penar que suele individualizarse. El mestizo —y su sino ha de aplicarse al criollo, refleja, más apagadamente, a los indígenas— contiene sexualmente, alterna plasticidad y aridez, bucea en su alma —y a veces el alcohol prende la llama— para dirimir la diferen-

¹¹ *Ibidem*.

¹² *Ibid.*, pág. 9.

¹³ *Andalucía e Hispanoamérica, crisol de mestizajes*, Edisur, Sevilla, 1982, pág. 22.

¹⁴ *Ibid.*, pág. 16.

cia radical de lo paterno y lo materno. Nadie pregunta con tanta angustia como él —o ella— por la validez y compatibilidad de sus ascendencias, pugna que reclama, para cabal armonía, su óptima sazón de tiempo. Ocho siglos requirió la dialéctica Conquista-Reconquista en Andalucía. Deberíamos situarnos en el corazón de un mozárabe, de un mudéjar, para vislumbrar cuán dramáticamente se debatían en su seno la dualidad o la trinidad de hablas, culturas y religiones. Por el desgaste de los siglos y la imposición de un credo, y de su estilo de civilización, lo insertaron en una sociedad que no lo interpretaba y a la que hubo de plegarse¹⁵.

Por eso le duele a Andújar que un hombre de la fina percepción de Ortega y Gasset, no reparase en el fenómeno central del mestizaje hispanoamericano, y aún menos de la profunda significación de Andalucía para el mismo. Es cierto que en *Meditación del pueblo joven* se refiere a lo que de amalgama peninsular tuvo la constitución de España como nación, pero una vez más se olvida del crisol de mestizaje que en esa España fue el solar andaluz; de aquí que Andújar no pueda reprimirse:

Una vez más, acoto, Andalucía, molde de una cultura antiquísima, crisol de mestizajes, máxima expresión arábigo-morisca y judía, con su moderna colindancia gitana, no existe como tal, en tanto que peculiar pivote de sustentación española, insignificante en el conjunto ibérico y, consecuentemente, de cara a la América poliforme —la exclusión inconcebible—¹⁶.

El proyecto de *Las Españas*

Magnífica visión de Manuel Andújar, que desde su peculiar y singularísima óptica no pierde nunca de vista el gran proyecto de las Españas. Así lo supo ver ya en México, cuando, con José Ramón Arana, funda la revista *Las Españas*, anticipando un pensamiento que sólo después iba a tener gran madurez. La conciencia del proyecto fue ganando terreno en los años de la II Guerra Mundial, cuando al hilo de nombres sonoros y exóticos —Narvik, Tobruk, Leningrado, Indochina, Maginot...— los españoles expatriados iban alimentando la esperanza de una próxima vuelta a sus lares. La traición del «Comité de No-Intervención» a la República, se consumó después por las potencias aliadas al final de la guerra, consolidando la victoria franquista de 1939. Andújar y Arana nos dejan constancia, a través de la pluma del primero, de aquellas inquietudes. «Al igual que buena porción de nuestros compatriotas —escribe— no habíamos dejado de plantearnos la primordial necesidad de recapacitar, ahincadamente, en las causas que determinaron la posibilidad del complot-asalto que destruyera la República. Tal inquirir de conciencia nacional era indisoluble, en nosotros, del hecho de la falta de publicaciones —*independientes de partidos, instituciones oficiales, legitimismos, capillas y sectas*— que con amplio criterio integrador sirvieran a la cultura y a las letras españolas en el exilio, ausencia

¹⁵ *Ibid.*, págs. 32-33.

¹⁶ *Ibid.*, pág. 53.

que ofrecía irritante contraste con la obra creadora, de investigación y crítica, que desconectados sectores e ilustres personalidades realizaban sin desmayo, creciente y ejemplarmente»¹⁷. En efecto, en 1946 habían desaparecido *España peregrina*, *Romance* y *Litoral*, sin que ninguna otra publicación hubiese reemplazado el vacío dejado por ellas. Así surgió la idea de *Las Españas*, cuyo primer número de octubre de 1946 apareció con editorial muy explícito de su significación; se decía en él, entre otras cosas:

La cultura española ha sufrido solución de continuidad. Detrás de los viejos maestros, y de los que ya empiezan a envejecer, no se ve nada. Da grima leer los periódicos y revistas que llegan de España. España, allí, no tiene voz... Pero España puede y debe tener voz más allá de sus fronteras; donde quiera que haya un núcleo de españoles viviendo en libertad. (...) En el orden puramente político, a falta de una sola que pudo ser respetable y atronadora, no le faltan voces y vocecillas desperdigadas; pero a excepción de la revista editada por los intelectuales españoles en Francia, no conocemos, en este momento, ninguna publicación al servicio de nuestra cultura, donde puedan laborar los valores consagrados que aún nos quedan y encontrar los jóvenes clima propicio a su inquietud y esperanza. *Las Españas* aspiran a ser eso en lo posible: es un pequeño instrumento de trabajo, una aportación a la gran tarea que es menester emprender y que deben de encabezar nuestros más destacados intelectuales, pensando únicamente en España, para, entre todos, pensar la España nuestra, popular, tradicional y, por verdaderamente tradicional, revolucionaria de esta hora dramática, decisiva, de esta hora española. (...) *Las Españas* no se debe a ninguna capilla literaria, no está obligada con ninguno de los sectores que componen la emigración política española. Es una revista literaria absolutamente independiente, que aspira a ser un instrumento más en la reconquista y reconstrucción de España, en la difusión de nuestra cultura, en la exaltación y conocimiento de nuestros valores¹⁸.

La publicación pasará por tres etapas bien diferenciadas. En la primera —de octubre del 46 a agosto del 50— comprende 18 números (24 si se contabilizan los números dobles), donde aparecieron números extraordinarios dedicados a Cervantes —«el primer gran heterodoxo de la hispanidad»—, a la UNESCO y a la ONU, reveladores todos ellos del sentido universalista con que se entendía la cultura española. La segunda etapa —de mayo de 1951 a julio de 1956— la revista tomará una tendencia más política que otra cosa y Andújar —partidario de su finalidad predominantemente cultural— se retira, en silencio, de su redacción. En la tercera etapa —a partir de julio de 1957— la publicación cambia su título por el de *Diálogo de las Españas* y pretende hacer de ella una plataforma de expresión y de comunicación para los que, viviendo dentro de la Península, no pueden hacer oír su voz. Así lo dicen en el editorial del número 1: «Queremos que lo antes posible las columnas de *Las Españas* estén escritas en su mayor parte en la propia España por compatriotas, amigos personalmente desconocidos las más veces, que, con su nombre o pseudónimo literario, digan en ellas lo que piensan y sienten y no pueden manifestar... Más que una trinchera literaria, como fue y debió ser en sus comienzos, *Las Españas* será un me-

¹⁷ Manuel Andújar-Antonio Risco, «Crónica de la emigración en las revistas», en *El exilio de 1939, tomo III*, pág. 50.

¹⁸ *Ibid.*, pág. 52.